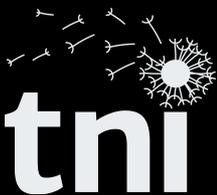




NEW POLITICS CONFERENCE 2021

El Socialismo Democrático en Perspectiva Global

UNA INICIATIVA DE:



THE HAVENS WRIGHT CENTER
FOR SOCIAL JUSTICE

CON EL APOYO DE:



FOTO DE PORTADA: ADOLFO LUJÁN

RELATOR: Benjamin Wray

EDITOR: Nick Buxton

ORGANIZADORES DE #NEWPOLITICS2021: Daniel Chavez, Patrick S. Barrett y Peter Ramand

La *New Politics Conference 2021 – El Socialismo Democrático en Perspectiva Global* fue organizada de forma conjunta por el Transnational Institute (TNI) y el Havens Wright Center for Social Justice de la Universidad de Wisconsin-Madison, entre el 11 y el 15 de enero de 2021. Por más información sobre los objetivos, el programa y los colaboradores de la conferencia, visite: www.newpolitics2021.org.

INTRODUCCIÓN

La conferencia *New Politics 2021* supuso una profunda contribución teórica a muchos de los debates más pertinentes a los que se enfrenta la izquierda internacional. Durante cinco días, los participantes exploraron cuestiones sobre el Estado, la clase social, los movimientos sociales, los partidos políticos, el feminismo y la política interseccional, el ecosocialismo y varios otros temas.

En este informe de síntesis, hemos tratado de resumir las principales conclusiones. Esperamos que las y los lectores aprecien este análisis franco, no sectario y profundo de los retos a los que se enfrenta la izquierda hoy en día, y que les sirva de ayuda para enfrentar las luchas políticas y sociales que se avecinan.

EL CONTEXTO: NEOLIBERALISMO Y CRISIS

Las consecuencias de la crisis financiera mundial de 2008 y la posterior recesión seguían sin resolverse al momento de erupción de la pandemia a principios de 2020. Estas crisis superpuestas son las condicionantes que configuran la política de principios del siglo XXI, creando tanto oportunidades como peligros para la izquierda.

La crisis financiera generó una creciente desconfianza en las instituciones políticas y económicas de todo el mundo, como lo demuestran el movimiento contra la austeridad impuesta por la *Troika* en Europa a principios de la década de 2010, el movimiento contra el neoliberalismo en Chile en 2019 y, más recientemente, el levantamiento de *Black Lives Matter* ('Las vidas negras importan', BLM por sus siglas en inglés) en Estados Unidos en 2020. La crisis también significó nuevas oportunidades para reescribir las reglas del orden económico, que ahora se enfrenta a una grave crisis de legitimidad como resultado de su incapacidad para mantener el crecimiento y sostener los estándares de vida de la mayoría de la población. Por otra parte, hay pocos indicios de que el neoliberalismo vaya a entrar en combustión espontánea. El neoliberalismo ha demostrado ser notablemente resiliente y los bancos y los grandes monopolios tecnológicos han salido de la crisis más fuertes que nunca.

La fortaleza del neoliberalismo puede atribuirse en parte a la debilidad de la izquierda socialista a nivel internacional. Desde la perspectiva de análisis del activista social sudafricano Brian Ashley, la expectativa de que la crisis haría el trabajo de la izquierda ha demostrado ser incorrecta. Sigue habiendo un gran escepticismo sobre la propuesta de la izquierda, y la organización de la clase trabajadora en las bases sigue siendo débil e inestable. En el mismo sentido, Daniel Chavez, un investigador del Transnational Institute (TNI) con sede en Ámsterdam, argumentó que los socialistas necesitan hacer un

recuento adecuado de las fortalezas y debilidades de los partidos y movimientos de izquierda que surgieron después de 2008, incluyendo a Syriza en Grecia, Podemos en España, el progresismo en América Latina, el Corbynismo en el Reino Unido y las dos candidaturas presidenciales de Bernie Sanders en Estados Unidos.

La izquierda debe estar a la altura de la crisis actual y construir una ruta viable hacia el socialismo democrático a nivel internacional. De lo contrario, las únicas alternativas serán el crecimiento de la extrema derecha o el resurgimiento centrista. Esto último parece poco probable, dado que el viejo modelo socialdemócrata ofrece pocas soluciones a los retos que plantea el fracaso del orden capitalista neoliberal, incluida la emergencia climática. Hillary Wainwright y otras y otros pensadores han defendido la necesidad de un “socialismo internacionalista de catástrofe” (*international disaster socialism*) para enfrentar la pandemia, basado en la protección de los trabajadores y la preservación y consolidación del tejido social.

Sin embargo, un proyecto tan ambicioso no hace más que poner de manifiesto la importancia de muchas de las cuestiones espinosas a las que el socialismo democrático se ha enfrentado durante mucho tiempo: cómo responder a la escala y la urgencia de la crisis manteniendo, e incluso ampliando, la participación ciudadana y la democracia; cómo gobernar haciendo uso de las instituciones del Estado capitalista al mismo tiempo que se intenta trascender ese modelo de Estado; y cómo construir un ecosocialismo al tiempo que se protege a los trabajadores y se eleva el nivel de vida de la población a corto plazo. Al lidiar con estos dilemas, la experiencia histórica de los socialistas en y fuera del poder nos proporciona lo que la ex senadora uruguaya Constanza Moreira describió como “una biblioteca construida en la práctica”. No recurrir a esa biblioteca significaría saltar hacia el futuro volando a ciegas.

EN Y CONTRA EL ESTADO

El investigador gramsciano Lucio Oliver describió el Estado como “el vehículo para construir y consolidar la hegemonía en la sociedad política y civil”. En este sentido, se nos ofrece un marco para considerar todos los aspectos del poder estatal, del cual la autoridad gubernamental es sólo una dimensión. La experiencia de los gobiernos progresistas latinoamericanos y (en menor medida) de los gobiernos de la izquierda europea, ha puesto de manifiesto que la conquista del gobierno no puede equipararse en modo alguno al control del Estado en su conjunto.

Los gobiernos de izquierda se enfrentan a tres limitaciones estructurales críticas. La primera es la necesidad de mantener la *gubernamentalidad*, que la politóloga argentina Mabel Thwaites Rey definió como la capacidad de insertarse en el orden mundial capitalista procurando al mismo tiempo mantener el apoyo popular y electoral. En segundo lugar, la obtención de un cargo público no proporciona necesariamente a la izquierda la hegemonía

sobre otras instituciones del Estado, como el ejército y la administración pública, y por tanto no puede garantizar el ejercicio pleno de la autoridad, lo que limita el abanico de opciones políticas posibles. Por último, los gobiernos de izquierda deben gobernar en el contexto de una sociedad civil neoliberalizada, en la que la clase trabajadora está fragmentada y la conciencia es crecientemente individualista. Por lo tanto, conseguir la hegemonía en la sociedad civil requiere un proceso mucho más profundo que el mero éxito electoral.

Sin embargo, esto no significa ignorar la importancia de acceder al gobierno. Como argumentó uno de los fundadores de Podemos, el politólogo Juan Carlos Monedero, “siempre es nocivo para el capital que la izquierda tome el control del aparato gubernamental”. Además, si no aspiramos al poder gubernamental, ¿en qué sentido estamos construyendo un proyecto orientado a la transformación sistémica?

El desafío de gobernar requiere, por tanto, una estrategia compleja, que fue resumida por Gabriel Hetland, un profesor de la Universidad del Estado de Nueva York, como *en y contra el Estado*, revisando las ideas planteadas originalmente por el Grupo de Reflexión de Londres y Edimburgo a finales de la década de 1970: competir por el poder gubernamental y, al mismo tiempo, profundizar la democracia a nivel de conciencia y organización, construyendo movimientos sociales poderosos autónomos del Estado. Esto implica, necesariamente, dilemas tácticos sobre el énfasis y las prioridades, que dependerán de los contextos específicos. La izquierda también tendrá que lidiar con las tendencias más propensas al “electoralismo”; es decir, la persecución de objetivos electorales por encima de cualquier otra preocupación. La tarea de una izquierda teóricamente informada es organizarse contra esos peligros sin caer en el abstencionismo.

EL ESTADO EN LA ERA NEOLIBERAL

El Estado se ha reconfigurado en la era neoliberal como resultado del crecimiento del afianzamiento del poder oligárquico y la profundización de la financiarización. Por un lado, cada crisis ha profundizado la tendencia a la monopolización, en la que la industria y los flujos financieros son capturados por un número cada vez más reducido de empresas. Según Costas Lapavistas, economista y ex parlamentario de Syriza en Grecia, esta forma de capitalismo cada vez más oligárquico “depende totalmente del Estado” para mantener su dominio y no tiene precedentes históricos.

La consolidación de la oligarquía, que está estrechamente relacionada con el endurecimiento de las fronteras de clase y el aumento de la desigualdad, crea enormes peligros para la democracia. Según Lucio Oliver, la oligarquía crea una “crisis orgánica del Estado”, por la que el equilibrio entre la sociedad política y la sociedad civil (necesario para una hegemonía capitalista estable) se marchita. En este contexto, la posibilidad de que surjan *nuevos cesarismos* es significativa. Según el historiador griego Spyros Marchetos, la iz-

quierda debe responder articulando claramente la distinción entre democracia y oligarquía. Según él, “la línea divisoria entre la izquierda y otros actores es que la izquierda se da cuenta de que hay que romper el poder oligárquico. No se trata simplemente de dar más a los muchos; se trata también de quitarles mucho a los pocos que tienen demasiado”.

El Estado neoliberal también apuntala un sector financiero hinchado y volátil interviniendo de forma permanente a través de los bancos centrales con la creación artificial de dinero. En el contexto de la pandemia, esto está creando una enorme burbuja especulativa, a medida que la liquidez del sector financiero sigue siendo bombeada con recursos de los bancos centrales, mientras que la actividad económica “real” ha entrado en una importante recesión.

Al mismo tiempo, la internacionalización de las finanzas, así como su creciente importancia en las empresas no financieras, significa que el Estado ha disminuido su capacidad de ejercer el control político sobre los actores financieros. Esto tiene consecuencias específicas para cualquier gobierno que intente regular las finanzas, que probablemente se enfrentaría a la ralentización de las inversiones y la fuga de capitales. Existen desafíos adicionales para los gobiernos que dependen en gran medida del acceso al dólar, ya que el acceso a las líneas de canje del banco central con la Reserva Federal sigue siendo esencial, como ya lo fue para los bancos europeos tras la crisis financiera del año 2008.

El resultado es que las finanzas necesitan al Estado, mientras que el Estado depende de la financiación. Esta relación tiene profundas raíces en el capitalismo moderno. Por ejemplo, una parte importante de las y los trabajadores participan en la financiarización a través de los fondos de pensiones, cuyas inversiones, según el sociólogo Mike McCarthy, “se mueven de la misma manera en los mercados financieros que los activos de los ricos”. Esta confluencia tiene claras implicaciones políticas en cuanto al afianzamiento de la hegemonía capitalista.

EL ESTADO EN EL CONTEXTO DE LA INTEGRACIÓN EUROPEA

La integración europea plantea distintos retos para el Estado, especialmente en los países de la eurozona. En el sur de Europa, en particular, el Estado-nación tiene ahora “muy pocas capacidades soberanas”, según la activista portuguesa Catarina Príncipe. El Estado está atado a relaciones de endeudamiento con el norte y a un modelo económico basado en el sector de los servicios que lo hace doblemente dependiente de la eurozona, a pesar de los niveles persistentemente altos de desempleo y bajo crecimiento.

La consecuencia, según Príncipe, es que la Unión Europea se ha convertido en una “jaula de hierro” para el sur del continente, planteando una dinámica que crea complejidades políticas añadidas para la izquierda. No se trata sim-

plemente de que la opinión pública no crea que las ideas populistas de la izquierda sean realistas; se trata de que la izquierda está planteando exigencias al Estado-nación que el sistema no tiene la capacidad de satisfacer.

La lección objetiva a este respecto ha sido aportada por Grecia, donde Syriza fue elegida en 2015 con la promesa de que se enfrentaría a los prestamistas extranjeros y a las élites nacionales del país, algo que el Estado-nación no tenía capacidad de hacer. En ese momento, según Lapavistas, Syriza desistió de un necesario divorcio con la eurozona, y el resultado ha sido un “retroceso histórico de la izquierda”, no sólo para Grecia sino para toda Europa, ya que “no se avizora un futuro diferente”.

EL ESTADO EN AMÉRICA LATINA

La ola de gobiernos progresistas demostró que la izquierda es capaz de administrar el aparato del Estado impulsando la redistribución y logrando una reducción de la pobreza significativa, en el contexto de un auge global del precio de las materias primas y sin cuestionar la estructura fundamental de la economía. La rápida y marcada reducción de la pobreza observada en Venezuela a mediados de la década de 2000, por ejemplo, es una prueba de lo que es posible, pero la gestión gubernamental de Hugo Chávez se basó en un modelo económico extractivista dependiente de las exportaciones de petróleo. En todo caso, según Thwaites Rey, el *extractivismo* “se profundizó” durante los gobiernos de izquierda en América Latina. Asimismo, la capacidad de redistribuir desapareció una vez que el boom de las materias primas terminó, poco después de la crisis de 2008. En ese momento, el Estado ya no pudo sostener el modelo imperante (gasto social masivo para satisfacer las necesidades de consumo de la clase trabajadora mientras se mantenía la estructura de clases en gran medida intacta) y los gobiernos de izquierda entraron rápidamente en un período de crisis y declive.

Es importante ser francos sobre las dificultades de romper con el *extractivismo* en el contexto latinoamericano, con economías altamente dependientes de las exportaciones de materias primas a Estados Unidos y Europa en el pasado, y más recientemente a China y otros países de Asia. La superación de esta dinámica económica requeriría una remodelación fundamental del Estado, que a su vez exigiría una presión mucho mayor desde abajo que el que existía durante los gobiernos progresistas. La experiencia latinoamericana demuestra que la izquierda tiene que desarrollar una estrategia hacia el Estado en tiempos de crisis del capitalismo.

El Estado se vio sometido al desafío más frontal desde la izquierda en Venezuela. El economista político boliviano Jorge Viaña argumentó que Venezuela bajo Chávez evidenció el potencial transformador más significativo, aunque muchos de los procesos promovidos desde el gobierno fueron contradictorios, limitados y finalmente derrotados. Entre ellos, la incorporación del ejército al proceso revolucionario, la construcción del *Estado comu-*

nal, la reorganización del PSUV, la organización de las milicias, la centralidad de la lucha de masas y los aspectos del poder dual entre las masas y el Estado.

Del mismo modo, Gabriel Hetland argumentó que Venezuela fue “el caso más espectacular de gobierno de izquierda en décadas”, para convertirse luego en “el fracaso más espectacular”. Hetland destacó la participación y el compromiso de decenas de millones de personas en procesos presupuestarios realmente participativos, y el hecho de que la derecha venezolana tuviera que desplazarse ideológicamente al terreno del socialismo entre 2005 y 2013, ofreciendo una especie de plataforma *Chávez-lite*, como prueba de que la hegemonía capitalista fue realmente disputada durante ese período.

LA IMPUGNACIÓN DEL ESTADO: LO LOCAL FRENTE A LO NACIONAL

La izquierda también tiene que desarrollar una perspectiva matizada con respecto a las diversas dimensiones del Estado y su relación con el poder de clase. Por un lado, los gobiernos locales tienen un importante potencial transformador, considerando su potencial para construir una relación más directa entre el Estado y las masas. Daniel Jadue argumentó que la izquierda ha “desperdiciado” la oportunidad que presentan los gobiernos locales, destacando su propio caso como alcalde de Recoleta en Chile, donde el Partido Comunista ha construido un modelo participativo guiado por el lema “entender al Estado como pueblo”. Jadue añadió que tras el levantamiento contra el neoliberalismo en Chile en 2019, sólo los alcaldes locales siguieron teniendo credibilidad política ante la ciudadanía, en un Estado-nación donde el 80% del gasto es controlado por el gobierno central.

Gabriel Hetland destacó el municipio de Torres, liderado por el alcalde de izquierda radical Julio Chávez durante el apogeo del giro socialista en Venezuela, como un ejemplo de acción política local “en y contra el Estado” para construir el socialismo. A pesar de identificarse con el proyecto bolivariano, Julio Chávez consiguió derrotar al candidato del partido gobernante, lo que supuso un desafío a la izquierda desde la izquierda. Fue capaz de construir un auténtico sistema de poder popular basado en la democracia deliberativa y la movilización popular, en el que ni siquiera él podía vetar las decisiones tomadas por el pueblo. La clave de su éxito fue la vinculación sostenida de Chávez con los movimientos populares que permanecieron formalmente autónomos del Estado, lo que fue posible gracias a las continuas movilizaciones populares que repetidamente se enfrentaron y superaron la oposición de los funcionarios electos y los burócratas.

Por otro lado, el nivel local puede carecer de la escala suficiente para el tipo de transformación rápida que se requiere para abordar el cambio climático, y en determinadas circunstancias puede incluso actuar como un obstáculo para implementar los cambios radicales que necesitamos con urgencia. El organizador sindical y experto en política energética Sean Sweeney, por ejemplo, argumentó que la descarbonización a la escala requerida exige un alto grado de centralización y debe estar basada en la propiedad pública,

porque la “transmisión de la energía eléctrica a través de grandes espacios es una condición técnica esencial”. Sweeney argumentó que no hay ni tiempo ni capacidad técnica para llevar a cabo un *Green New Deal* a través de reformas fragmentadas y a pequeña escala del sistema energético. También afirmó que la propuesta del Partido Laborista durante el liderazgo de Jeremy Corbyn, de soluciones energéticas de escala fundamentalmente comunitaria, no hubiera sido viable. En el caso de América Latina, la organizadora sindical colombiana Lala Peñaranda señaló que la energía comunitaria es una idea muy popular en la región, pero que no asegura “la escala, la coordinación y la urgencia” en la medida necesaria para la transición energética, por lo que se necesita aplicar una estrategia de *comonización del Estado*, apostando a una transformación del aparato estatal basada en la idea de bienes comunes.

No es necesario ver lo local y lo nacional como intrínsecamente en conflicto si se les considera en el marco de una estrategia unificada para la construcción de la hegemonía socialista. El director del Centro Havens Wright, Joel Rogers, abogó por instituciones fuertes dirigidas por los ciudadanos en los espacios municipales, conectadas a un proyecto de “autosuficiencia nacional” basado en la comprensión de que el Estado-nación no puede ser “el garante de la política que queremos”.

El investigador mexicano en administración pública Erick Palomares destacó la “nueva forma de gobernanza” que ha surgido desde los movimientos sociales y los municipios progresistas, que ha conseguido verdaderas victorias contra el neoliberalismo a nivel local. La clave ha sido “movilizar a las mayorías sociales en torno a demandas concretas”, como el derecho al agua, la alimentación, la energía y la vivienda. Los proyectos municipales han tenido más éxito, argumentó, cuando el movimiento social ha entrado en el gobierno a nivel local, ya que esto “aumenta el alcance de la transformación” posible. Palomares sostuvo que es necesaria una especie de “escuela de gobierno” para los movimientos sociales” para repensar el municipalismo. Y en el proceso de aprendizaje trans-local y el diseño de alternativas, es importante construir propuestas concretas sobre alternativas que ya se están desarrollando en el mundo real (*utopías reales*, como diría Erik Olin Wright).

En el mismo sentido, el activista comunitario Kali Akuno argumentó que la izquierda en Estados Unidos “no tiene la fuerza necesaria para incidir en la gestión municipal” porque su enfoque se ha centrado en las política electoral a escala nacional, como la destitución de Donald Trump. Tras la presidencia de Trump, el movimiento de ultraderecha parece que girará hacia una política más localizada, incluyendo la organización de milicias supremacistas blancas a escala local, por lo que la izquierda tendrá que autoorganizarse a nivel municipal para resistir la ofensiva de la derecha.

La experta cubana en economía alternativa Camila Piñeiro Harnecker analizó el caso de las *comunas* en Venezuela, quizá el proyecto municipal más ambicioso surgido de la nueva izquierda latinoamericana. Las *comunas* son una aglomeración de consejos comunales que funcionan bajo el principio

del “desarrollo radical endógeno”, con comunidades que coordinan entre sí la producción de bienes de primera necesidad. Las *comunas* no se han convertido en los pilares para construcción de un nuevo Estado revolucionario, como se preveía inicialmente. Sin embargo, de las 500 *comunas* activas, Piñeiro Harnecker constata que el 70% están organizadas desde abajo, y muchos venezolanos afirman que no habrían podido sobrevivir a la reciente crisis social y económica sin ellas.

LA CONSTRUCCIÓN DE ECONOMÍAS SOLIDARIAS

Una cuestión muy importante para la izquierda a la hora de asumir el gobierno es: ¿hasta qué punto se puede utilizar el aparato del Estado para fortalecer la economía social y solidaria? Camila Piñeiro Harnecker encuentra que en el caso de Ecuador, tras la aprobación de una nueva constitución en el año 2008, explícitamente comprometida con la construcción de una economía social solidaria en armonía con la naturaleza, se estableció un sistema de “discriminación positiva” para asegurar que las cooperativas tuvieran ciertas ventajas sobre el capital. La economía solidaria creció más del 120% entre 2012 y 2017, con un importante papel del Estado al priorizar las asociaciones o cooperativas en la política de contratación pública.

Sin embargo, el crecimiento del cooperativismo no ha estado exento de problemas. Críticamente, la gobernanza de estas instituciones no siempre se basa en los principios del *buen vivir*, y algunas personas establecen asociaciones o cooperativas únicamente para obtener ciertas ventajas comerciales. No todas se han integrado bien en las estrategias de desarrollo local, y no hay una representación adecuada de las cooperativas en los sistemas de planificación y gestión a diversos niveles, por lo que siguen sin estar coordinadas. Esta realidad exhibe los límites en un enfoque centrado en el Estado para la construcción de la economía social solidaria, ya que sin el desarrollo orgánico de las cooperativas *desde abajo* es difícil construir los valores y principios que se supone que sustentan la propuesta del cooperativismo. Venezuela es otro ejemplo de crecimiento del cooperativismo impulsado por el Estado que ha tropezado con verdaderas dificultades, sobre todo con el problema de la corrupción (con el surgimiento de “cooperativas postizas”), lo que ha creado una impresión negativa del movimiento cooperativista en general.

En un contexto diferente, el ex asesor político del Partido Laborista James Meadway argumentó que una de las razones clave del fracaso del proyecto de Corbyn fue que para las elecciones generales de 2019 el partido había desarrollado una visión demasiado *estatista* de la economía, en un momento en que el Estado estaba desacreditado por la austeridad y el Brexit. El énfasis se puso en lo que el Estado haría por la gente, en lugar de dar a la propia gente poder para cambiar las cosas desde abajo. El Estado británico está muy centralizado, y el poder económico y financiero también está muy concentrado en la capital del país, Londres. Por lo tanto, para combatir la hegemonía capitalista, es necesario descentralizar y democratizar el Estado y apoyar

la aparición de cooperativas y bancos comunitarios basados en estrategias de desarrollo económico local.

POLÍTICA DE IZQUIERDA Y CLASE SOCIAL

La izquierda tiene que enfrentarse a la dura realidad de la fragmentación de la clase trabajadora en la era neoliberal, que ha socavado la base tradicional de la política socialista. En Estados Unidos, los sindicatos han disminuido hasta alcanzar sólo un 6% de penetración en el sector privado, aunque en otras partes del mundo el sindicalismo ha demostrado ser más resistente. Gar Alperovitz, cofundador del laboratorio de ideas Democracy Collaborative, argumentó que el declive del sindicalismo obliga a la izquierda a repensar una vieja pregunta: “¿Cómo concebir la transformación de un proyecto político-económico que pierde su base institucional en el mundo del trabajo?”.

Es probable que esta nueva base social se haga realidad a través de un proceso de reconstrucción de la clase trabajadora, pero con mayor heterogeneidad interna que en el pasado. La combinación de un sindicalismo revitalizado, las propuestas municipalistas, las economías solidarias y el éxito electoral —utilizando las palancas gubernamentales para mejorar las capacidades de organización de la clase trabajadora— tendrán que desempeñar su papel en la construcción de la nueva conciencia socialista.

EL POPULISMO DE IZQUIERDA Y LA CLASE

Debemos estar atentos a los efectos que la fragmentación de la clase trabajadora tiene en la dinámica electoral de la izquierda. El *populismo de izquierdas* ha surgido como una forma de superar la fragmentación de clases al apelar a las masas en su conjunto, en oposición a las élites (*la casta*, utilizando el lenguaje de Podemos en España). Los cuadros de las formaciones populistas de izquierda en los países del Norte tienden a estar arraigados en la clase media baja, cuya movilidad social es descendente. Sin embargo, el activista político escocés James Foley argumenta que esto no ha llevado a una convergencia política y cultural con los sectores más tradicionales de la clase trabajadora, como muchos pensaban que ocurriría. De hecho, ha ocurrido lo contrario, y el populismo de izquierdas del corbynismo y, en menor medida, de Sanders, han perdido el apoyo de la clase trabajadora tradicional de las zonas urbanas desindustrializadas, mientras que han sido apoyados por la clase media baja urbana y el *precariado*. Tanto Corbyn como Sanders desvirtuaron sus mensajes populistas con el paso del tiempo. Sanders, por ejemplo, empezó a posicionarse como el candidato demócrata más izquierdista, en lugar de como un *outsider* antisistema con un proyecto económico que atraía tanto a los votantes republicanos como a los demócratas. Pete Ramand, un investigador y activista escocés, argumentó que la debilidad de esos proyectos no era que fueran *populistas*, sino que “no eran lo suficientemente populistas”.

El sociólogo político italiano Paolo Gerbaudo argumentó que nuestro análisis de la relación entre clase y populismo de izquierdas es crítico y requiere una nueva reflexión, ya que es “la primera vez desde el siglo XIX que el socialismo es popular y que el sindicalismo es débil”. Gerbaudo encuentra que la retórica del populismo siempre contiene implícitamente una apelación en términos de clase, específicamente a los “ciudadanos excluidos y descontentos” que han sido “abandonados en el camino”.

El populismo de izquierdas se dirige específicamente al sector de los servicios, especialmente a los profesionales socioculturales, así como a los grupos marginalizados de trabajadores en el espacio urbano, como los repartidores, los limpiadores y los cuidadores. Existe la posibilidad de vincular el resurgimiento del socialismo en los países del Norte con un resurgimiento del sindicalismo, ya que una reciente encuesta de Gallup ha revelado que el 68% de los ciudadanos de Estados Unidos ven con buenos ojos a los sindicatos, frente al 50% de hace una década. En ese contexto, la tarea consiste en “pasar de un socialismo sin raíces y en constante cambio a un socialismo capaz de construir baluartes no sólo entre el sector de los servicios, sino también entre la antigua clase obrera”, argumentó Gerbaudo.

LA POLÍTICA ELECTORAL Y LA CLASE

El director administrativo del Havens Wright Center, Patrick Barrett, abordó el renovado debate al interior de la izquierda sobre el papel de las elecciones en la promoción de la causa del socialismo democrático en Estados Unidos. Este debate, señaló, ha cobrado mayor importancia gracias a las dos campañas presidenciales de Bernie Sanders y el correspondiente crecimiento de los *Democratic Socialists of America* (DSA: Socialistas Democráticos de América). Barrett centró sus comentarios en la perspectiva de *dirty break / class struggle elections* (ruptura sucia / elecciones de lucha de clases), que considera un compromiso serio y bienvenido, aunque en última instancia problemático, con los desafíos estratégicos de promover la causa del socialismo democrático. Barrett destacó tanto las posibilidades como las limitaciones de la idea de democratizar el Estado, y el sistema electoral en particular, como un primer paso necesario en esa dirección.

Esta perspectiva no propone una solución mágica, sino todo lo contrario. No obstante, Barrett sostuvo que si la izquierda realmente se toma en serio las elecciones y las convierte en un componente clave de su estrategia política, la lucha por democratizar el régimen que las regula es una condición necesaria, aunque no suficiente, para aumentar su capacidad de acción colectiva y, en particular, para construir un partido socialista. También es esencial para hacer frente al desafío político cada vez más agresivo que plantea la derecha estadounidense. Esto es especialmente cierto en un país donde ese desafío es particularmente amenazante, por lo que el impacto de un Estado más democrático sería significativo no solo a nivel nacional, sino también global. La reforma clave, argumentó Barrett, sería pasar a la representación

proporcional, lo que daría espacio para que surgiera un partido de izquierdas capaz de incidir en la política nacional.

Barrett argumentó que la construcción de movimientos sociales y la competición electoral constituyen dos lógicas de acción colectiva muy distintas que dificultan una articulación productiva entre las organizaciones de la clase trabajadora y los partidos políticos. El acceso al Estado que ofrece la arena política es esencial para defender los intereses de los trabajadores, pero esto debe sopesarse con los riesgos de subordinación a la lógica de las elecciones y la posibilidad de cooptación o corrupción de los líderes sociales. Y aunque estos efectos son casi universales, su intensidad variará en función de las características específicas del Estado, incluido el tipo de régimen electoral. De hecho, en el caso de DSA, el activista sindical Andy Sernatinger ha descubierto que la priorización de la política electoral ha alejado a muchos activistas y líderes de las organizaciones base, reafirmando la idea de que la transición “de la protesta a la política electoral” no siempre es fácil.

En términos más generales, no está claro, al menos en los países del Norte, si la actual composición de clase de las organizaciones de izquierda ofrece una perspectiva realista para la llegada de los socialistas al gobierno. La socióloga húngara Agnes Gagyí argumentó que las “clases medias desilusionadas” han dominado los partidos de izquierda en los últimos tiempos, y aunque esto puede adoptar la forma de luchas antisistémicas, no aporta una base de clase fiable para el socialismo una vez que la izquierda llega al gobierno. Los imaginarios políticos de la izquierda de clase media persiguen una política basada en soluciones generales que pueden servir para contemplar el interés común, pero una vez que este imaginario se enfrenta a las realidades de gobernar un Estado capitalista, “sus intereses chocan directamente con los intereses objetivos de las y los trabajadores”. Gagyí sostiene que debemos ser escépticos respecto al descontento de la clase media como una “fuerza inherentemente antisistémica”.

LAS ORGANIZACIONES DE CLASE Y DE PROPIEDAD COMUNITARIA

La base institucional sobre la que la gente se organiza desde abajo nunca está grabada en piedra. No es absolutamente necesario que la lucha de clases se base en un modelo sindical. Alperovitz sostiene que la comunidad puede actuar como “una base reconstructiva a largo plazo para la política emancipatoria”, ofreciendo la perspectiva de la resistencia pero también los cimientos para un modelo económico diferente basado en la propiedad de los bienes comunes.

No se trata de una solución a corto plazo y, por tanto, requiere un trabajo perseverante a lo largo de décadas, pero la recompensa para la izquierda sería una base social ampliada e inclusiva sobre la que podría dinamizar la construcción de nuevas formas de democracia desde abajo. Joel Rogers destacó la tendencia a la urbanización en todo el mundo: en 30 años el 85% de la población mundial vivirá en zonas urbanas. Esta realidad, según Rogers, ofrece “la base espacial para una política igualitaria”. Existe, por tanto, una

confluencia objetiva entre el cooperativismo y el municipalismo, y ambos proyectos pueden ser viables a través de la organización comunitaria. Rogers llegó a sostener que el ciudadano que participa en una “democracia productiva a nivel comunitario” es el principal agente del cambio, más que la clase obrera.

Sin embargo, la reconstrucción de la democracia desde abajo sobre la base de la comunidad tiene sus limitaciones. La fundamental es la cuestión de escala. “¿Cómo se puede tener una democracia participativa en un sistema tan extenso y complejo como la sociedad estadounidense actual?”, preguntó Alperovitz. La respuesta a esta cuestión sería la construcción de un “federalismo progresista”, según Rogers; y con crecientes niveles de descentralización, agregó Alperovitz. Pero éstas propuestas presentan los mismos desafíos en términos de jerarquía social que todas las formas de democracia representativa que ya se han probado en el mundo. También hay muchos ejemplos de cooperativas y otras formas de democracia productiva que, con el tiempo, se han convertido en instituciones sectarias y escleróticas, desconectadas del movimiento socialista más amplio.

PARTIDOS Y MOVIMIENTOS

Una cuestión clave para los socialistas es la valorización de la organización partidaria frente a los movimientos sociales y la organización sindical o comunitaria. Las experiencias observadas en América Latina, Europa y Estados Unidos demuestran que, sin movimientos sociales fuertes, las conquistas que pueden lograr los partidos de izquierda al alcanzar el gobierno son limitadas. Al mismo tiempo, como lo afirmó Juan Carlos Monedero, en última instancia los movimientos sociales necesitan la *palanca institucional* que los partidos pueden ofrecer a nivel del gobierno para llevar a cabo el cambio social.

TENSIONES CRÍTICAS

La relación entre los partidos y los movimientos sociales presenta diversas tensiones críticas. En primer lugar, los partidos y los movimientos operan con lógicas políticas diferentes. Los partidos se organizan en torno a la representación electoral y su desarrollo suele estar dictado por los ciclos de elecciones. En cambio, los movimientos sociales, según la politóloga Frances Fox Piven, tienen una orientación más disruptiva y tienden a estar organizados de forma más flexible y horizontal, y su ritmo viene dictado por los acontecimientos. Por tanto, es inevitable que los partidos y los movimientos sociales entren en conflicto cuando estas lógicas chocan.

En segundo lugar, cuando los partidos alcanzan el gobierno se convierten en parte del Estado, mientras que el poder de los movimientos sociales se sitúa fuera del Estado, y a menudo en conflicto directo con él. El riesgo para los movimientos sociales es que pierdan autonomía respecto a los partidos y que sus energías sean absorbidas por el Estado. El riesgo para los partidos

es que, al entrar en el gobierno, se desvinculen del movimiento social y pierdan su orientación radical. En el caso de Syriza en Grecia, hemos visto a un partido de izquierdas abandonar la demanda clave del movimiento social de resistir la austeridad tras su victoria electoral. Los socialistas deben, por tanto, reflexionar sobre las tensiones muy reales que existen entre el movimiento social y el partido para potenciar las capacidades de ambos, y asegurarse de que uno no se produce a expensas del otro.

LA IZQUIERDA LATINOAMERICANA Y LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

El ciclo de gobiernos de izquierda en América Latina, que comenzó con la elección de Hugo Chávez en 1998 y terminó con su muerte en 2013, absorbió en gran medida la energía de los movimientos sociales. Mabel Thwaites Rey sostuvo que un rasgo distintivo del ciclo fue que los movimientos sociales que permanecieron activos durante el auge de las luchas populares delegaron las tareas de transformación a los gobiernos “confiables”. Los gobiernos dirigieron esta energía hacia la preservación del sistema, que puede ser caracterizada como un proceso de *pasividad* que alejó a las masas de las disputas políticas más decisivas.

Sin embargo, el proceso ha sido más complejo que un mero ejercicio del poder desde arriba, y existen muchas interrogantes sobre las capacidades reales de las bases populares para torcer las relaciones de fuerzas a su favor. El politólogo Jeffrey Webber argumentó que, a pesar de proporcionar beneficios a la clase trabajadora, los gobiernos progresistas atemperaron y moderaron el potencial antagónico de los movimientos sociales. Juan Carlos Monedero destacó una conversación que mantuvo con el ex presidente brasileño *Lula da Silva*, quien admitió que cuando el Partido de los Trabajadores llegó al gobierno en Brasil dejó de escuchar al Movimiento de los Sin Tierra (MST). Por otro lado, Constanza Moreira destacó el hecho de que todos los gobiernos de izquierda actuaron como baluartes contra los movimientos de derecha, muchos de los cuales resurgen ahora en el continente.

Tras el declive de los gobiernos de izquierda, ha surgido una nueva fase de movimientos sociales, sobre todo en 2019 con la revuelta en Chile contra el neoliberalismo, que ha desencadenado una nueva oleada de conflictos en todo el continente. El politólogo argentino Hernán Ouviaña argumentó que esta fase ha estado marcada por nuevas características, en contraste con el modelo económico de los gobiernos progresistas. Entre ellas, el paso de las mujeres a la vanguardia, la promoción de la soberanía alimentaria, el auge de los movimientos indígenas y la adopción de un enfoque ecológico más amplio que busca construir una *economía postextractivista*. Gonzalo Berrón, investigador del TNI, considera que el nuevo movimiento social de Brasil (liderado por brasileños negros de clase trabajadora, con una fuerte representación de la comunidad LGBTQ y centrado en la justicia racial y el feminismo) opera de forma completamente autónoma con respecto al Partido de los Trabajadores y otras agrupaciones tradicionales de la izquierda brasileña, como el ala de la teología de la liberación de la iglesia católica. Por lo

tanto, la relación entre estos movimientos y la representación electoral se encuentra actualmente en fase de cambio.

LA IZQUIERDA Y LOS MOVIMIENTOS SOCIALES EN PAÍSES DEL NORTE

La relación entre los movimientos sociales y la izquierda también ha sido compleja en los países del Norte. Por un lado, elementos de la configuración *partido-movimiento* han sido evidentes en el surgimiento de DSA y de Momentum en Estados Unidos y el Reino Unido, respectivamente. Pero aunque estas organizaciones han atraído a importantes sectores de jóvenes de izquierdas, ellas mismas se han desvinculado de los objetivos más amplios del movimiento social, operando a menudo en términos estrechamente electoralistas. Andy Sernatinger considera que “siendo una organización de 85.000 miembros, el DSA incide sistemáticamente por debajo de su potencial”, debido a su limitada capacidad de organizarse más allá de los ciclos electorales. Para Hilary Wainwright, investigadora del TNI, Momentum llegó “a creer que su trabajo era actuar como un gobierno en la sombra” durante el liderazgo de Corbyn en el Partido Laborista, más que como un movimiento social.

También ha habido una clara tensión entre la base del movimiento social de los nuevos partidos de izquierda, que preferirían modalidades de organización más horizontales, y la necesidad de que la dirección política tenga en cuenta a circunscripciones más amplias, sobre todo al electorado. Pete Ramand señaló que los *círculos*, que fueron la base organizativa original de Podemos tras su surgimiento del movimiento de *Los Indignados* en 2010, fueron finalmente cerrados por la dirección porque se habían convertido en algo difícil de manejar y estaban afectando negativamente a la disciplina interna y el mensaje del partido. Ramand argumentó que esta es una característica inevitable del populismo de izquierdas, que funciona con una “lógica descendente” debido a la centralidad otorgada al aspecto comunicativo. En el caso del corbynismo, la base del movimiento social, que estaba bastante estrechamente definida desde el punto de vista sociocultural, apartó a la dirección de una posición populista de izquierdas, creando una confusión de mensajes, que culminó en que Corbyn, por ejemplo, se opuso a un “Brexit de los banqueros”, a pesar de que los bancos se oponían al Brexit. El resultado es que la oposición entre el pueblo y el *establishment* se hizo más tenue en la propuesta electoral de Corbyn.

En el caso del partido de izquierda *France Insoumise* (Francia Insumisa), era necesario que la izquierda francesa se deshiciera del bagaje de la insignia de *izquierda*, que se había vuelto *tóxica* en el contexto político de Francia, según la activista y diputada por París Danièle Obono, debido a sus asociaciones con el neoliberal Partido Socialista. Esta idea de que las masas “están hartas de la izquierda y sólo quieren que se satisfagan sus demandas” se vio reforzada por el movimiento de los Chalecos Amarillos, que surgió de la clase obrera rural y se caracterizó por su fuerte antagonismo con el *establishment*

francés en su conjunto. France Insoumise fue el único partido del Parlamento francés que apoyó este movimiento.

El movimiento BLM en Estados Unidos ha surgido en gran medida al margen de la izquierda organizada y, sin embargo, ha sido “uno de los levantamientos de la clase trabajadora más sostenidos y combativos” de la historia estadounidense, según la historiadora y activista Barbara Ransby. La profesora Ransby añadió que el Movimiento por las Vidas Negras incluye entre sus componentes esenciales una fuerte crítica al capitalismo. También afirmó que BLM podría ser malentendido como otra mera expresión de la “política de identidad”, si la izquierda no se compromete adecuadamente con la producción intelectual que el movimiento está produciendo. Para que la izquierda siga avanzando en Estados Unidos, la expansión de su influencia necesitará tener en cuenta a quienes hoy están al frente de BLM.

LOS PARTIDOS DE CENTRO Y EL SOCIALISMO DEMOCRÁTICO

El corbynismo en el Reino Unido y las dos campañas presidenciales de Sanders han puesto de manifiesto tanto las posibilidades como las limitaciones de operar dentro de los partidos de centro-izquierda para los socialistas. Como lo señaló Hilary Wainwright, incluso la captura de la dirección del Partido Laborista resultó insuficiente para transformar el partido en su conjunto. La izquierda “subestimó la resistencia del *establishment* imperial” dentro del laborismo. Aunque la vieja guardia del partido no está interesada en responder a la crisis del capitalismo y tiene pocas ideas, todavía conserva una importante influencia institucional, principalmente entre las facciones internas que le permitieron recuperar el control con la elección de Keir Starmer al liderazgo del partido en el año 2020. En segundo lugar, la izquierda también “sobrestimó la popularidad del corbynismo”, que se vio limitada por la falta de conciencia socialista en el conjunto de la población. Esto puede atribuirse a la hegemonía cultural del neoliberalismo en el Reino Unido, que no permitió apreciar en su justa medida la importancia del más ambicioso “proyecto de experimentación institucional socialista” surgido en los últimos 40 años. Los socialistas, por lo tanto, tienen que tomarse en serio la tarea de reconstruir las capacidades y la conciencia socialista desde la base.

En el caso de Sanders, también ha habido un problema de asumir que se puede “empezar desde arriba” cuando se trata de construir la capacidad socialista, según Andy Sernatinger. La línea de DSA es oficialmente que las elecciones son una palanca para reconstruir el poder sindical y la influencia del movimiento social (la idea de “elecciones de lucha de clases”), pero la práctica es muy desigual. Falta confianza en que una organización socialista pueda liderar los movimientos sociales, y operar dentro del Partido Demócrata exige todo el tiempo resistir la tendencia a girar a posiciones menos radicales y más de centro-izquierda. Es necesario que la izquierda mantenga la independencia política de las posiciones liberales, lo que es aún más im-

portante si los socialistas operan dentro de formaciones de centro-izquierda. Como argumentó Spyros Marchetos, “la izquierda debe evitar convertirse en auxiliar de los liberales cuando llega la crisis. Es una cuestión de supervivencia que la izquierda recupere hoy su autonomía”. Además, no hay que limitar el repertorio de organización de la izquierda a los movimientos y partidos sociales. Como lo señaló Agnes Gagyi, “las calles y el Estado no son todo el campo de la lucha”.

CAPITALISMO Y OPRESIÓN

La izquierda necesita repensar la relación entre capitalismo y opresión. La concepción de los grupos “especialmente oprimidos” dentro del capitalismo, como separados del grupo intrínsecamente explotado de los trabajadores asalariados, no tiene en cuenta los diversos factores de la reproducción social. Igual de importantes para el proceso de acumulación de capital son las actividades de subsistencia, como los cuidados y las tareas domésticas, así como la prestación de servicios públicos. Según la activista y escritora feminista Tithi Bhattacharya, debemos entender la acumulación de capital como “un proceso ininterrumpido basado en relaciones estables y fiables de trabajo asalariado, propiedad privada y acumulación”.

La pandemia puso de manifiesto el verdadero carácter de la reproducción social bajo el capitalismo, revelando marcadas desigualdades no sólo entre trabajadores y patrones, sino también entre quienes tienen responsabilidades de cuidado (predominantemente mujeres y desproporcionadamente de minorías étnicas) y quienes no tienen esas responsabilidades. La categoría gubernamental de *trabajador esencial* está compuesta en su inmensa mayoría por ocupaciones mal pagadas y dominadas por las mujeres, como los cuidadores sociales, mientras que los trabajadores *informales* (que no pueden acceder a las ayudas económicas del gobierno) son también mayoritariamente mujeres. Como lo afirmó Bhattacharya, esto pone de manifiesto la necesidad de una “nueva generación de izquierda” que sea capaz de combatir la “orientación predatoria del capitalismo”.

EL FEMINISMO Y LA POLÍTICA INTERSECCIONAL

La aparición de movimientos populares feministas e interseccionales en países del Norte y del Sur ha sido uno de los acontecimientos más importantes de la última década. Esto está creando una *nueva* izquierda, en la que los grupos oprimidos están desempeñando un papel principal, pero también en la que se están desafiando algunos de los fundamentos intelectuales y organizativos de la política socialista. Esto requiere la capacidad de las organizaciones de izquierda tradicionales para aprender y adaptarse, si no quieren quedarse atrás.

La experiencia de los gobiernos de izquierda en América Latina demuestra que no hay que dar por sentado que la izquierda en el poder dará respuesta

a las reivindicaciones feministas. La activista uruguaya Lilian Ciliberti sostuvo que las feministas de izquierda se vieron “frustradas por los planes neodesarrollistas” de los gobiernos progresistas, basados en un modelo extractivista de crecimiento económico. Añadió que “esto no permitía distinguir entre las propuestas económicas de la izquierda y las propuestas depredadoras del capitalismo”.

No obstante, la mayoría de las tendencias feministas siguen estando ampliamente conectadas con la política de izquierda, y el feminismo ha sido fundamental para los movimientos progresistas, como en las luchas en torno a la despenalización del aborto en Uruguay y más recientemente en Argentina, y en el movimiento contra el neoliberalismo en Chile. Constanza Moreira sostuvo que si bien hubo “cierta cooptación del feminismo por parte de los gobiernos de izquierda”, también hubo avances positivos. La investigadora social y activista peruana Gina Vargas considera que los logros alcanzados se debieron en gran medida a la participación de las feministas.

Algunas de las ideas interseccionales más ambiciosas han surgido del movimiento de mujeres indígenas, que ha conectado el feminismo con la lucha por el derecho a la tierra a través del lema “nuestro cuerpo, nuestra tierra, nuestro territorio”, lo que significa, según Vargas, que “el patriarcado hace a nuestros cuerpos lo que las economías extractivas hacen a nuestros territorios”. Añadió que “todo esto amplía los horizontes de las luchas y los espacios de resistencia” de la izquierda.

De cara al futuro, la izquierda necesita hacer más para incorporar modos de pensamiento y de organización feministas, que favorezcan las asambleas abiertas y las perspectivas y las experiencias cotidianas de la gente, una forma de operar y pensar que a menudo es anatema para los partidos de izquierda tradicionales. Esto también requiere un cambio de sensibilidad a nivel estratégico. En lugar de centrarse exclusivamente en la captura del poder del Estado, la izquierda debe prestar más atención a la construcción de la hegemonía cultural, en la que las cuestiones de los cuidados, la violencia sexual y la vida digna son fundamentales.

EL ECOSOCIALISMO

El capitalismo global está fracasando monumentalmente en su respuesta a la crisis climática, sin que se avizore actualmente una verdadera transición para abandonar los combustibles fósiles. Se necesita una apropiación pública democrática para asegurar un plan de descarbonización rápido y de urgente implementación, pero para conseguirlo será necesario un programa ecosocialista que pueda obtener un amplio apoyo social. Esto significa romper con la estrategia de los objetivos voluntarios de reducción de emisiones de carbono y los enfoques basados en el mercado, como el Acuerdo de París, y volver a centrar el debate en acciones inmediatas a una escala sin precedentes.

¿URGENCIA Y CENTRALIZACIÓN, O ECORRESISTENCIA Y DESCENTRALIZACIÓN?

La emergencia climática, según Sean Sweeney, ha “comprimido el marco temporal histórico para el cambio revolucionario”, lo que significa que “un programa mínimo pasa necesariamente a ser un programa máximo”. En este contexto, Sweeney argumentó que la izquierda debe hacer hincapié en la capacidad técnica y en operar a escala nacional y global en lugar de soluciones fragmentadas y localizadas. El caso de Sudáfrica, donde casi todo el movimiento ambientalista abogó por la privatización de la energía porque pensaba que aceleraría el desarrollo de la energía eólica y solar, es un ejemplo a evitar. La privatización no descentraliza la energía, y tampoco proporciona la planificación intersectorial necesaria para ofrecer un programa de descarbonización coherente. Daniel Chavez también defendió la urgencia y el fuerte liderazgo estatal como elementos esenciales en cualquier respuesta progresista a la emergencia climática, afirmando que “ir despacio significa retroceder”.

Joel Rogers, por el contrario, argumentó que la ecología mundial es más resistente de lo que muchos socialistas suponen, y que el “catastrofismo” no ayudará a la izquierda, abogando en cambio por “una política” optimista que no enfrente lo local a lo nacional o la reforma a la revolución”. Aunque aceptó que es la propiedad pública es esencial para la transición, Rogers argumentó que “a menudo el cambio realmente radical es fragmentario y compuesto de pequeños avances”, y que no deberíamos valorar sólo lo que es consecuente en términos de reducción de emisiones globales. El investigador y activista ecologista croata Vedran Horvat también argumentó que “destacar todo el tiempo la necesidad de respuestas urgentes puede desmotivar y desmovilizar”, y defendió que el espacio local sea una parte clave de cualquier estrategia ecosocialista.

¿HACIA UN GREEN NEW DEAL?

The *Green New Deal* o Nuevo Pacto Verde (GND, por sus siglas en inglés) se ha convertido en un grito de guerra para gran parte de la izquierda en los últimos años, y ha avanzado el debate sobre las soluciones a la crisis climática de manera significativa, pero también con claras limitaciones. Sean Sweeney señaló el hecho de que muchos activistas a favor del GND siguen centrándose en los objetivos, cuando el debate debería haber pasado hace tiempo a las acciones concretas. La izquierda tampoco tiene un plan coherente de GND listo para ser aplicado en caso de acceder al gobierno. Vedran Horvat considera que el GND se conceptualiza a menudo en términos de “un plan de crecimiento verde”, como en el caso del *European Green Deal* aprobado por la Unión Europea, que no intenta trascender el marco del mercado y el capitalismo. Horvat abogó, en cambio, por una “orientación de *decrecimiento*”, basada en “desvincular el modelo económico de la acumulación de beneficios y situarlo en los límites planetarios”. Daniel Chavez, por su parte,

observó que el término “decrecimiento” no es fácil de conceptualizar en muchos países del Sur, donde grandes sectores de la población siguen sin cubrir sus necesidades básicas.

En el mismo sentido, Agnes Gagyí argumentó que el GND se enmarca en una agenda falsamente esperanzadora basada en la noción de que sería posible la transición a una economía de carbono cero manteniendo los estilos de vida vigentes en las economías más avanzadas, cuando en realidad será necesario reducir la demanda energética de forma significativa en los países del Norte. Existe el peligro de que permitir que la política de la izquierda se enmarque en este imaginario sobre cómo evitar el declive podría llevar a conclusiones reaccionarias en cualquier conflicto geopolítico, en el que “el GND podría alinearse fácilmente con los intereses de la derecha”. En un mundo en el que el centro de acumulación de capital se está desplazando de Occidente a Oriente, la izquierda necesita desarrollar un imaginario para la transición genuinamente internacional y antisistémico.

EL ECOSOCIALISMO EN AMÉRICA LATINA

Una de las principales líneas divisorias dentro de la izquierda durante el período de los gobiernos progresistas fue la política energética y ambiental. Según Mabel Thwaites Rey, los gobiernos de izquierda intensificaron el modelo extractivista de desarrollo imperante, como parte de sus intentos de satisfacer las necesidades de consumo de las clases subalternas. Las políticas nacionalistas de gestión de los recursos aplicadas por la izquierda, desde Brasil hasta Venezuela, trataron de abordar la pobreza energética y la desigualdad económica mediante la redistribución de los recursos nacionales. Mientras tanto, los ambientalistas, desde Chile hasta Bolivia, se opusieron, haciendo hincapié en el antiextractivismo, la autonomía territorial y la descolonización. Lala Peñaranda afirmó que los sindicatos progresistas del sector energético en América Latina han aprovechado su posición estratégica en el campo de la izquierda para incorporar las demandas de ambas facciones, al tiempo que impulsan propuestas para la *transición justa*.

Thwaites Rey considera que ahora es imperativo que la izquierda latinoamericana rompa por completo con el extractivismo, pero para ello será necesario un profundo compromiso con “la gente que lo vive”. En ese sentido, el papel de los sindicatos será importante para involucrar a los trabajadores en una transición de carbono cero. Peñaranda citó el ejemplo del Sindicato de Trabajadores del Petróleo de Colombia, que está luchando por la renacionalización y una transformación “desde dentro” y que ha propuesto un fondo fiduciario con los ingresos del petróleo para facilitar la transición energética. Este es ejemplo de cómo algunos sindicatos se sitúan entre los “nacionalistas de los recursos”, por un lado, y los “antiextractivistas”, por otro. La participación de los movimientos sociales será decisiva para determinar el papel que acabarán desempeñando en la transición energética.

CONCLUSIÓN

Como lo señaló Mike McCarthy, la conferencia New Politics 2021 examinó los “dilemas estratégicos” clave a los que se enfrenta la izquierda a nivel internacional, en un momento que no permite proponer soluciones simplistas. Parafraseando al querido Erik Olin Wright, es necesario “abrazar los dilemas, ya que solo dando respuesta a esas tensiones podemos avanzar”. Los problemas de estrategia no serían problemas si no tuvieran que acudir a la teoría alimentada por la práctica para obtener la respuesta buscada.

La conferencia New Politics 2021 fue concebida como un punto de partida o un trampolín para reflexionar sobre los retos a los que se enfrenta la izquierda a nivel internacional. Tenemos previsto continuar esta conversación con los participantes de la conferencia y con nuevas personas, movimientos y regiones en los próximos meses. Les invitamos a sumarse.

DIEZ PUNTOS CLAVE A TENER EN CUENTA

1) El Estado no es sólo el gobierno

El Estado es el vehículo para asegurar la hegemonía capitalista en la sociedad política y civil, pero también es un vehículo en el que la izquierda invierte muchas de sus esperanzas emancipatorias.

La realidad con la que debe lidiar la izquierda es que acceder al gobierno no equivale a controlar el poder estatal en su conjunto. Cuando la izquierda gana las elecciones sigue enfrentándose a profundos obstáculos estructurales para aplicar su programa, como la necesidad de gobernar una economía profundamente integrada en el capitalismo global, el poder ejercido por actores estatales no electos y una sociedad civil neoliberalizada, donde la conciencia está individualizada y la organización de la clase trabajadora está fragmentada.

La superación de estos condicionantes estructurales requiere una estrategia que vaya más allá de ganar elecciones, buscando construir un proyecto contrahegemónico que desafíe al Estado en todas sus dimensiones.

2) El Estado se ha oligarquizado y financiarizado

La izquierda debe comprender claramente cómo ha cambiado el Estado en la era neoliberal.

A medida que la economía global se ha financiarizado –con creciente dominio de los actores financieros sobre la economía en su conjunto– se ha vuelto cada vez más dependiente del Estado para proteger la riqueza y gestionar las crisis financieras. Al mismo tiempo, la internacionalización del capital significa que las finanzas disciernen las políticas del Estado. Esto se ha combinado con el crecimiento de los monopolios tecnológicos en la era digital para crear un capitalismo cada vez más oligárquico, en el que las principales corporaciones ejercen un dominio sobre el Estado en su conjunto que es cada vez más difícil de desafiar desde la izquierda y otros sectores comprometidos con la democracia.

Las crisis de 2007-08 y 2020-21 no han hecho más que afianzar un capitalismo que ahora está profundamente integrado en y con el Estado.

3) La hegemonía capitalista puede ser desafiada

La experiencia de los gobiernos de izquierda en América Latina demuestra que es posible desafiar la hegemonía capitalista, a pesar de los retos y las contradicciones y retrocesos de estos procesos.

El ejemplo más profundo esta posibilidad fue el proceso bolivariano en Venezuela, en cuyo apogeo fue posible apreciar una estrategia socialista de *en y contra el Estado*. En última instancia, el socialismo democrático fue derrotado porque el modelo económico dependía del extractivismo (en la época del boom de las materias primas) y no estaba preparado para una crisis del

capitalismo global y la caída de los precios internacionales. En segundo lugar, el movimiento social no era lo suficientemente fuerte como para construir alternativas autónomas del Estado, y gran parte de su energía fue absorbida por el partido gobernante.

4) La fragmentación de la clase obrera plantea nuevos retos a la izquierda

El prolongado debilitamiento de los sindicatos, especialmente en los países del Norte, significa que la política socialista ya no se construye sobre su base institucional tradicional en el mundo del trabajo.

El populismo de izquierdas surgió como un medio para superar la fragmentación de la clase trabajadora mediante una estrategia comunicativa basada en un antagonismo entre las masas y las élites. Sin embargo, los proyectos populistas de izquierda, como el corbynismo en el Reino Unido, también se han encontrado con que dependen de una estrecha base de clase –la clase media baja y el *precariado*– para obtener apoyo electoral, y se han alejado de los sectores más tradicionales de la clase trabajadora.

En última instancia, la izquierda necesita construir una nueva base social en el marco del proceso de reconstitución de la clase trabajadora, pero en la que esta clase será más heterogénea que en el pasado. La nueva realidad implica establecer nuevos puentes con los movimientos sociales, la organización comunitaria, el municipalismo y las economías solidarias, así como con el revitalizado movimiento sindical.

5) Los movimientos sociales y los partidos se necesitan mutuamente, pero no son simbióticos

Ningún proceso de transformación es posible sin un poderoso movimiento social, pero en última instancia los movimientos sociales dependen de la capacidad institucional que ofrecen los partidos para condensar el cambio social.

La idea del *partido-movimiento* apunta a desarrollar partidos que integren las demandas y formas organizativas de los movimientos sociales. Sin embargo, los partidos funcionan según una lógica de acción colectiva diferente a la de los movimientos sociales y, por lo tanto, no se debe dar por sentado que la creación de partidos ayudará a crear movimientos sociales, o viceversa. De hecho, en muchos casos es el partido o el movimiento social el que ha ascendido en fases concretas de la lucha anticapitalista, y rara vez ambos.

Por lo tanto, la izquierda tiene que pensar de forma práctica como desarrollar las capacidades de los movimientos sociales y de los partidos, y asegurarse de que no lo hagan unos a expensas de los otros.

6) La izquierda necesita mantener la independencia política

Cuando operan al interior de formaciones más amplias de centro-izquierda, los socialistas democráticos tienen que evitar convertirse en actores puramente electoralistas o en auxiliares del centro cuando llega la crisis.

La experiencia del corbynismo en el Partido Laborista y de los Socialistas Democráticos de América (DSA) en el Partido Demócrata demuestra que la izquierda puede obtener beneficios al integrar formaciones más amplias junto a los centristas, pero que también existen claras amenazas para la izquierda si no se organiza de forma independiente. La creencia de que la política socialista se puede reconstruir desde arriba y que el objetivo electoral debe primar siempre son dos de estos peligros.

Para que las elecciones se tomen en serio como medio para viabilizar un proyecto socialista a largo plazo, es necesario aplicar de forma coherente una estrategia de búsqueda de *reformas no reformistas*, en la que los cambios permanentes que democratizan el Estado se integren como ejes del programa de la izquierda.

7) La izquierda necesita construir poder a nivel local y municipal

Las calles y el Estado no son todo el campo de lucha.

El nivel comunitario y municipal es la base de una forma inclusiva de democracia desde abajo, que puede actuar como base de poder autónoma del Estado. La experiencia de proyectos municipales radicales como Barcelona en Comú en Cataluña, las *comunas* en Venezuela, o incluso iniciativas a nivel estadual como el gobierno del Frente Democrático de Izquierda (LDF) en el estado indio de Kerala, demuestra que es posible que la democracia a nivel comunitario sea intrínsecamente importante para el desarrollo económico a nivel local y regional. Muchas de estas administraciones han conseguido verdaderas victorias contra el neoliberalismo y han permitido que el movimiento social acceda al gobierno municipal o estadual.

8) La construcción de la economía solidaria requiere un trabajo persistente y a largo plazo

Diversas experiencias evidencian que la construcción de una economía post-capitalista es posible, pero requiere un trabajo constante y enfrenta múltiples tensiones y contradicciones.

En Ecuador, Venezuela y Cuba (entre otros países), podemos observar el crecimiento de las cooperativas apoyados por cambios a nivel estatal para privilegiar a estas empresas sobre las empresas capitalistas. Sin embargo, el crecimiento del cooperativismo impulsado por el Estado se ha topado con múltiples problemas, entre ellos la corrupción o el surgimiento de falsas cooperativas.

Incluso en las economías más fuertes del Norte, hay ejemplos que demuestran que es posible construir cooperativas de trabajadores y de base comunitaria, entre otras propuestas hacia una economía alternativa, pero se requiere un trabajo constante durante un período de tiempo sostenido, y existe el peligro de que las cooperativas se vuelvan escleróticas y se separen de los movimientos sociales.

9) La izquierda debe integrar las perspectivas feminista, antirracista e interseccional, cambiando su forma de trabajar y organizarse

En los últimos cinco años han surgido movimientos populares feministas e interseccionales en muy diversos países del mundo.

Estos movimientos está dando forma a una nueva izquierda, en la que los grupos oprimidos están desempeñando un papel de liderazgo más importante. Este cambio también significa nuevos modos de organización, en los que las asambleas democráticas restan poder a las estructuras burocráticas y centralizadas, así como nuevos enfoques que buscan desarrollar una comprensión más holística de los factores de la reproducción social, valorizando los cuidados, las tareas domésticas y el papel de la ecología, entre otros componentes de la agenda política.

En este contexto, la izquierda tradicional tendrá que adaptarse y aprender si no quiere quedarse atrás.

10) Los ecosocialistas necesitan construir una narrativa propia

El colapso climático requiere soluciones urgentes a gran escala que solo son viables fortaleciendo la enfoque público y planificado a diversas escalas ambiciosas políticas de energía y de descarbonización.

La izquierda tiene que ganar el argumento del ecosocialismo como única solución al colapso climático, pero para ello tiene que demostrar que tiene competencia técnica, que entiende la necesidad de una acción decisiva y que opera a diversas escalas (no sólo a nivel local).

Aunque el *Green New Deal* ha supuesto un paso adelante en el debate en torno a la respuesta a la emergencia climática, la discusión sigue centrándose en los objetivos más que en las acciones urgentes. Asimismo, la izquierda todavía no ha resuelto las tensiones, los debates y los retos fundamentales que plantea un modelo de crecimiento económico que está destrozando el ecosistema del que dependemos. Por lo tanto, la izquierda sigue necesitando construir un imaginario global para un futuro post-carbono.